



¿QUÉ ES MÁS MACHO?

Ensayos sobre
las masculinidades



Gonzalo Aguilar

¿QUÉ ES MÁS MACHO?

TEZONTLE

GONZALO AGUILAR

¿QUÉ ES MÁS MACHO?

*Ensayos sobre
las masculinidades*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - CHILE - COLOMBIA - ECUADOR - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 2023

Aguilar, Gonzalo

¿Qué es más macho? : ensayos sobre las masculinidades /
Gonzalo Aguilar. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Fondo de Cultura Económica, 2023.
348 p. ; 14 × 21 cm. - (Tezontle)

ISBN 978-987-719-451-7

1. Crítica Cultural. 2. Perspectiva de Género. 3. Sociología del Arte.
I. Título.

CDD 305.32

Distribución mundial

D.R. © 2023, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com

Imagen de tapa: Coralie Chappelier
Diseño de tapa: Juan Pablo Fernández
Diagramación de interior: Silvana Ferraro
Corrección: Ada Solari y Rosina Balboa
Edición al cuidado de Fabiana Blanco

ISBN: 978-987-719-451-7

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

<i>Introducción</i>	13
Marginalia 1. Charly García y cómo salir de la melancolía	54

Primera parte

DESEOS RAROS

I. <i>Qué quieren los hombres. Sor Juana Inés de la Cruz y los hombres necios</i>	61
Marginalia 2. El poema trans de Sor Juana.....	74
II. <i>Es la violencia de género, ¡estúpido! Una lectura de El túnel, de Ernesto Sabato</i>	77
Marginalia 3. Machado de Assis: el poder del narrador	91
III. <i>La hombría de Pedro Lemebel y el crepúsculo del macho</i>	95
Marginalia 4. La colimba.....	104

Segunda parte

MIRADAS POSESIVAS

IV.	<i>La Venus del espejo o el teatro de la mirada masculina</i>	113
	Marginalia 5. Posesión de Nahui Olin.....	142
V.	<i>Luis Buñuel y el melodrama surrealista</i>	147
	Marginalia 6. Fetiche	192
	Marginalia 7. Jaibo, Manuela y el crepúsculo del macho	196

Tercera parte

EL FIN DE LA TRANSGRESIÓN MASCULINA

VI.	<i>Acoso en La niña santa, de Lucrecia Martel</i>	201
	Marginalia 8. Cine de mujeres.....	214
VII.	<i>Entre el porno-chic y el porno-trash, Cartas de un seductor, de Hilda Hilst</i>	223
	Marginalia 9. El sexo en la era de la reproducción digital.....	244
VIII.	<i>Una barba demasiado tupida. Masculinidades en La hora de la estrella, de Clarice Lispector</i>	253
IX.	<i>La posesión del falo. Las metamorfosis de Madalena Schwartz: travestis y transformistas en San Pablo en la década de 1970</i>	271
	Marginalia 10. ¿Cuánto vale un orgasmo?	291

<i>Epílogo. Se va a caer</i>	295
Marginalia 11. Museo de la masculinidad.....	321
<i>Referencias bibliográficas</i>	325
<i>Índice de nombres</i>	341

Buenos noches, señores y señoras.

Bienvenidos.

La primera pregunta es: ¿Qué es más macho,
pineapple o knife?

Well, let's see.

My guess is that a pineapple is more macho
than a knife.

¡Sí! ¡Correcto!

Pineapple es más macho que knife.

Laurie Anderson, "Smoke Rings"

Introducción

ESTE LIBRO SE origina en el hecho, por todos y todas conocido, de que, en los últimos años, hubo un cambio profundo en las relaciones entre los hombres y las mujeres. La vida binaria que hasta entonces era dominante sufrió una gran mutación y los diferentes activismos pusieron en cuestión, como nunca antes, los privilegios de los varones. Los cambios no se dieron solamente en círculos restringidos; también tuvieron un alcance global y, aunque el patriarcado y el machismo continúan siendo formas de poder dominantes, las alternativas son cada vez más relevantes y socavan su poder, sin saber todavía cuáles serán los resultados de estos combates y transformaciones.

La perplejidad frente a estos fenómenos es una constante. Más aún, cuando uno es hombre, ya pasó la frontera de los 50 años, está casado y tiene hijos adolescentes, disfrutó y también soportó el beneficio de ser varón en una sociedad machista. En todo caso, me refiero a un padecimiento que no se compara con el sufrimiento que tuvieron (y aún tienen) que atravesar las mujeres por las condiciones que impone pertenecer a un género u otro, más allá de las situaciones personales. De manera instintiva o, tal vez, porque soy profesor universitario de literatura y cine, mi primera reacción fue indagar en novelas, películas, obras de arte y poemas para entender las recientes transformaciones y superar el mal trago de no entender por completo lo que pasa,

en un momento en que todas mis amigas ya me hablan y me miran y me juzgan de una manera en la que antes no lo hacían. Este libro es el resultado de esa búsqueda y un escrito de crítica cultural que no se propone dar con respuestas inmediatas, sino, más bien, reflexionar sobre una genealogía y un modo de ser: el de la masculinidad.

Uno de los efectos más interesantes del crecimiento y la consolidación del feminismo en el espacio público es que ha llevado, conscientemente o no, a un cuestionamiento de las masculinidades. En algunos casos, la masculinidad patriarcal (también llamada “masculinidad hegemónica”),¹ desasosegada y desorientada, acentuó sus rasgos violentos como último bastión para hacer valer sus privilegios. Incapaz de aceptar la autonomía de las mujeres, apeló al recurso más nefasto: la violencia de género. No es que antes no existiera, pero las luchas feministas visibilizaron la profundidad del problema y también recibieron las furias desmesuradas y feroces de los hombres disgustados o, por qué no, aterrados ante la posibilidad de perder su poder. En otros casos, y este libro pretende sumarse a esta corriente, se produjo un movimiento de introspección y un intento de redefinir nuestro lugar y nuestras prácticas; algo nada sencillo, ya que, por el solo hecho de haber nacido varones, nos acompañaron una serie de prerrogativas o privilegios que fueron desde los más notorios hasta los más minúsculos y casi inadvertidos, pero no por ello menos insidiosos: el modo en que nos movemos o leemos, la perspectiva desde la que somos escuchados, las inflexiones en el tono de la voz y cómo nos dirigimos a quienes nos rodean. Infinitas acciones y percepciones moleculares de las que, a veces, ni siquiera nos percatamos y que están, sin embargo, en la base del comportamiento social (con esto quiero decir cultural, afectivo y político).

¹ El término fue incorporado por Raewyn W. Connell (1995).

El crecimiento del movimiento feminista en Argentina fue el gran acontecimiento de los últimos tiempos en el ámbito político, social y hogareño: por su amplitud, sus logros, sus luchas, sus lecturas, su revisión de los archivos y, en los últimos años, las alianzas con las diversidades sexuales, lo que diferencia al feminismo local de otros movimientos similares en el mundo. A esto hay que sumarle la aceptación y la pregnancia que terminó teniendo en las dirigencias políticas, tras reiteradas manifestaciones y demandas, sobre todo, en Argentina (basta comparar con los casos de Brasil o Estados Unidos). La ley de interrupción voluntaria del embarazo fue tratada por primera vez en el Congreso en 2018 y después de algunos reveses, finalmente fue sancionada en diciembre de 2020. La ley de cupo trans, por su parte, no solo fue apoyada por el feminismo y los movimientos de diversidad sexual, sino que además fue votada por unanimidad en el Congreso, lo que habla de una apertura y un consenso del que también han participado los hombres. Si bien falta mucho para detener la violencia de género y lograr la igualdad en todos los ámbitos, al poner sus peticiones en el tope de la agenda cultural y política, los diferentes activismos del feminismo y de la diversidad sexual visibilizaron los problemas y han avanzado en un camino certero, aunque reste bastante por recorrer.

En este contexto, creo que la cuestión de la masculinidad ha sido poco atendida, tanto por los varones (poco propensos a reflexionar sobre su lugar o a reunirse en agrupaciones para redefinir sus roles de género)² como por los colectivos de muje-

² El Instituto de Masculinidad y Cambio Social (Mascs), formado por docentes universitarios (Agostina Chiodi, Matías de Stefano Barbero, Juan Carlos Escobar, Luciano Fabbri, Daniel Jones y otros), viene haciendo un trabajo muy valioso con investigaciones innovadoras (véase en línea: <<https://institutomasc.com.ar/>>).

res. En este último caso, la mirada estuvo, generalmente, enfocada en el machismo tóxico, pero ello no debería obturar una discusión más amplia sobre el lugar que ocupa el varón teniendo en cuenta el legado recibido con distintos nombres a lo largo de la historia: masculinidad, virilidad, hombría, machismo; todos los términos asociados a valentía, galantería, conquista, dominio, privilegio, fuerza y tantos otros. Alan Pauls, en un texto bellísimo, confiesa que está cansado de ser hombre y escribe a continuación:

Quiero ser claro, todo lo claro que me permitan los psicofármacos: cansado de ser hombre quiere decir cansado de sostener. Pero ¿habrá alguna identidad que exista sin esa vocación enhiesta, como de abanderado de escuela? No hay caso: el hombre es el colmo de lo primitivo. Mientras la mujer es pura cultura —autoproducción, autogeneración: los *self made men* ya no existen, son solo un mito ejemplar del capitalismo estadounidense, mientras que toda mujer es siempre una *self made woman*—, el hombre es la *naturaleza* misma: toda su identidad está armada a partir del efecto de una inyección de sangre en un órgano cavernoso. Y cuando a un hombre se le da por ser cultura... ¡deja de ser hombre! Es puto (o “puto reprimido”), es travesti (o “travesti reprimido”), es mujer (o “mujer reprimida”). O es Michael Jackson. Lo más notable de la identidad masculina es la cantidad inconmensurable de peligros que lo amenazan. Ser hombre es apenas vivir todo el tiempo la posibilidad de dejar de serlo (2006: 101).

Muchos de nosotros entendemos perfectamente cuando Pauls habla del cansancio o la dificultad de sostener ese lugar del hombre, sobre todo, cuando nos interpelan en la masculinidad u hombría, cuando nos desafían a pelear, cuando nos increpan con un “A ver si sos macho...”; ahí, casi no queda escapatoria.

A los 15 años, un compañero bastante belicoso me amenazó con romperme la cara ya que me había acercado peligrosamente a *su* novia. Para mí, fue una situación traumática, porque podía pasarme lo peor a la entrada o a la salida del colegio e, incluso, dentro de él. “Por suerte”, Álvaro, un amigo que era muy fuerte —cultivaba el fisicoculturismo—, se le acercó y le dijo que, si me tocaba un pelo, el que iba a terminar mal iba a ser él. Todo ese mundo masculino de riñas y amenazas me era absolutamente ajeno, y bien podría hacer pasar este episodio como masculinidad alternativa o no hegemónica. ¿Pero existe una masculinidad que no sea hegemónica? ¿O la masculinidad misma supone los rasgos de “honra”, “autoridad” y “ausencia de cobardía”? No tengo vergüenza de confesar el miedo que sentí: rechacé la invitación a dirimir el conflicto “a las piñas”; también declaro que por eso no me siento ni me sentí menos hombre. Pero al surgir la posibilidad de que existan masculinidades no tóxicas o positivas, se produce lo que muy bien analiza Daniel Jones en su libro *La masculinidad*. Jones habla, justamente, de la coartada que puede llegar a ser una deconstrucción autocentrada, cómoda y sin pérdidas (2022: 43-46). La pregunta, entonces, es si hay que deconstruirse y proponer masculinidades alternativas o, más bien, cuestionar y, directamente, abandonar el concepto de masculinidad. ¿Es esto posible?

Tanto una opción como la otra parecen difíciles, casi imposibles, si uno piensa en el nexo que establece Pauls entre masculinidad y naturaleza. La masculinidad está en todos lados, casi hasta volverse invisible, no quiere ser maquillaje sino piel. Es más, fue el feminismo el que ha provocado su extrañamiento, la ha vuelto más visible y ha llevado a los hombres a las puertas mismas del autocuestionamiento. Si no hubiesen existido los movimientos feministas y los de diversidad sexual, no nos hubiésemos hecho estas preguntas.

Los estudios sobre masculinidades están creciendo, sobre todo en la academia estadounidense. El plural postula la existencia de masculinidades alternativas, diferentes a las hegemónicas, y también habla del carácter pedagógico y políticamente correcto de la empresa. Este libro no propone masculinidades alternativas, sino que reflexiona sobre la masculinidad y su inscripción en los cuerpos, en el lenguaje y en las prácticas. No es un tratado didáctico que se suma a la deconstrucción de la masculinidad, sino que cuestiona la noción misma de masculinidad hasta preguntarse sobre su pertinencia. Tampoco es un manual de buenas intenciones pedagógicas (debemos levantar los platos de la mesa, llevar a los chicos al colegio, aprender a llorar), sino un intento de comprender esas estructuras de dominación de género que, aunque asediadas, siguen funcionando en la práctica. Si cada vez que un hombre cree que por lavar un plato merece una celebración simbólica (mientras que para las mujeres continúa siendo una carga naturalizada), la realidad seguirá su curso, imperturbable. Las masculinidades *líquidas* (para usar una expresión inspirada en Zygmunt Bauman), ¿no terminan girando también alrededor de un concepto que ya lleva inscritas prácticas que se resisten a la fluidez y a las mutaciones que supone lo líquido? Uno tiene la esperanza de que las generaciones más jóvenes ya no respondan a los modelos de género que nos han formado, pero la solidez de ese cambio todavía está por verse.

La virtud del libro de Ivan Jablonka, *Hombres justos. Del patriarcado a las nuevas masculinidades*, radica en mostrar que el patriarcado rige en las más diversas sociedades y que, en los últimos tiempos, si bien “la revolución de los derechos” ha comenzado a cambiar esta situación, la dominación masculina no ha sido afectada. “¿Por qué —se pregunta Jablonka— la revolución de los derechos no ha destruido las estructuras patriarcales heredadas del Neolítico?” (2020: 226). Por un lado, se puede

responder recurriendo a la argumentación de Martin Loughlin, quien, en *Against Constitutionalism* (2022), sostiene que el orden jurídico no puede satisfacer demandas sociales de derechos si no hay políticas destinadas a lograrlo (es decir, más allá de la importancia de que estén reconocidas como derechos, esas reivindicaciones terminarán atascadas en los pasillos judiciales).³ Por otro lado, en la pregunta de Jablonka hay una interpelación que se dirige a las prácticas y a las costumbres, a una historia que hunde sus raíces no solo en el derecho; también en el arte, en la vida cotidiana, en los cuerpos. Y no solo en los hombres, porque la masculinidad puede ser venerada tanto por hombres como por mujeres. Por eso, abordar el tema exige una perspectiva de género y, a la vez, constelaciones culturales más amplias. Los análisis restringidos a una cuestión de género conducen a un callejón identitario sin salida en el que, además de diluirse las relaciones complejas entre sexo y género, se invisibilizan otros factores de poder igualmente importantes. Ha retornado, en estudios académicos, pero también en los debates políticos e incluso en las redes, el “en última instancia”, que, si antes se aplicaba a la economía, ahora se refiere a los géneros sexuales, como si situaciones de larga data y muy complejas (abuso de poder o calificativos ofensivos, por poner solo dos ejemplos) fueran sujetas a una interpretación según la pertenencia a uno u otro género.

Mi hipótesis es que estamos en un momento en el que hay un cambio de régimen epocal profundo, pese a que, claramente, algunas estructuras sobreviven y, en muchos casos, se resisten a ceder. Considero que hay tres aspectos que implican un cambio en los modos de vida y en las relaciones de poder y que

³ Llegué al libro de Martin Loughlin, *Against Constitutionalism*, por una referencia de Roberto Gargarella en su artículo en el diario *Clarín*, “Acerca de la revolución de los derechos”, disponible en línea: <https://www.clarin.com/opinion/acerca-revolucion-derechos-_0_21UN2uiFMZ.html>.

exigen un examen de la genealogía de la masculinidad. En primer lugar, el pasaje de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control (expresado por Gilles Deleuze, a partir de lo que Michel Foucault denominó la sustitución de la ley por la norma).⁴ Otro cambio que me resulta fundamental es el horizonte de la reasignación de género mediante la intervención quirúrgica (lo que transforma de una vez y para siempre la sexualidad como naturaleza). Y, en tercer lugar, la caída del falo (es decir, una época “posfálica” que suscita nostalgias, resistencia, celebración, una cantidad de afectos de los más diversos y no siempre unívocos). Estos hechos llevan a la masculinidad a una crisis sin precedentes.

“Post-scriptum sobre las sociedades de control” es un ensayo que escribe Deleuze para dar cuenta del cambio que detecta Foucault acerca de la naturaleza del poder en diferentes momentos históricos. La sociedad soberana (de los tiempos monárquicos), la sociedad disciplinaria (que surge con la Revolución Francesa) y la sociedad de control (en la que vivimos actualmente) suponen diferentes mecanismos y modos de vida. La técnica principal de las sociedades disciplinarias son las instituciones de encierro (la cárcel, pero, también, las escuelas y la familia) que inscriben sus leyes en los sujetos. En las sociedades de control, en cambio, lo fundamental es la vigilancia continua y la comunicación instantánea entre espacios que ya no están aislados sino que se interrelacionan: antes que prohibir, se vigila, se registra y se acumula esa información en archivos cibernéticos con gran poder de predicción. En las sociedades de control se produce, como dice Pablo Manolo Rodríguez, un “*desenganche* entre vigi-

⁴ Esto no quiere decir, obviamente, que la ley no exista más o que no tenga poder de constricción y represión, sino que los mecanismos de regulación y producción de la norma desempeñan un rol más determinante para la comprensión del presente.

lancia y encierro” (2019: 349; el énfasis me pertenece).⁵ Foucault sostiene que hay un pasaje de la ley a la norma y que, mientras la ley implica derechos pero también obligaciones, la norma es positividad, vida (no es una regla rígida y limitada, sino la capacidad de modificación permanente) (véase Castro, 2004: entrada “Norma”). No se trata, obviamente, de que haya desaparecido la ley, sino de que una focalización en las normas permite ver con mayor precisión el funcionamiento de novedosos mecanismos de poder. Éric Marty, en su libro *El sexo de los Modernos*, lo expresa así: “Si la *Ley* es primordial, originaria, constitutiva; la *norma* es contingente, infinitamente variable, reversible, y está atrapada en un juego de equilibrio permanente en el seno del cuerpo social” (2022: 417; el énfasis me pertenece). La reasignación de género mediante intervenciones quirúrgicas es un buen ejemplo, porque atañe a la ley y a las normas (religiosas, políticas, culturales, jurídicas, lingüísticas, biológicas) de la existencia de dos géneros dados por la naturaleza: no importa que esto afecte a una población más o menos reducida —como se argumentó a partir del último censo realizado en Argentina en 2022—; el acontecimiento cambia irreversiblemente nuestras concepciones de lo natural, lo biológico, lo binario y lo sexual.

En este horizonte, los modos de oponerse en la sociedad de control son diferentes a los de la sociedad disciplinaria. En su *Manifiesto contrasexual*, Paul B. Preciado también se inspira en Foucault,

para quien la forma más eficaz de resistencia a la producción disciplinaria de la sexualidad en nuestras sociedades liberales

⁵ Deleuze hace una lectura más esquemática de los escritos de Foucault que nos es muy útil y que se alimenta, también, de la literatura (el término “sociedad de control” viene de William Burroughs y sus descripciones recuerdan a las ficciones de Philip K. Dick).

no es la lucha contra la prohibición (como la propuesta por los movimientos de liberación sexual antirrepressivos de los años setenta), sino la contraproductividad, es decir, la producción de formas de placer-saber alternativas a la sexualidad moderna (2011: 17).

Un buen ejemplo es la pornografía, que si en la modernidad configuraba un terreno de lo prohibido manejado por hombres y regido por una mirada masculina, en la actualidad es de acceso libre, aunque bajo control, y un espacio en el que se libra una disputa sobre las diferentes concepciones del sexo que están en juego. Todavía imperan las miradas machistas sobre el porno, pero deben convivir con una pluralidad de expresiones. En las sociedades de control, la disidencia desplaza a la transgresión, que era el modo moderno de cuestionar el poder en la vida sexual (no casualmente, en la figura de Sade se fusionan transgresión y revolución) y que, como espero mostrar, tenía rasgos claramente masculinos. Las nuevas prácticas ya no se piensan como transgresiones, sino que piden el amparo, la modificación o la protección de la ley. En esas luchas, la ley cumple un papel muy diferente al papel restrictivo y negativo que se le asignaba en la lógica de la transgresión: hoy, los movimientos de disidencia se organizan alrededor de la demanda por más derechos.

Asistimos a una inestabilidad de los roles de género como nunca antes. Por cierto, uno puede mirar retrospectivamente y encontrar innumerables casos de disidencia, diversidad y contestación al binarismo (eso fue lo que hicimos con Samuel Titán cuando curamos la muestra *Madalena Schwartz, travestis y transformistas en San Pablo, años setenta*), pero nada se compara con una sociedad como la actual, en la que el cambio o la reasignación sexual es posible y frecuente (cuando era adolescente, por ejemplo, ya existían las operaciones de cambio de género pero

eran escasas, y las ideas del género como construcción cultural y como *performance* estaban lejos de ser asiduas, como lo son hoy). De cualquier modo, las cirugías de reasignación de sexo oscilan entre los dos polos de la diferencia sexual; más allá de que existan *n* sexos, las operaciones se hacen en un sentido o en otro (de vaginoplastia a faloplastia o al revés), sin que esto signifique que sea de mujer a hombre o viceversa (aunque científicamente sea posible crear un órgano sexual diferente a los existentes, todavía no se llegó a eso, al menos, que yo sepa). En fin, tengo mis dudas; pese a que las ciencias y la teoría han avanzado significativamente en la diversidad y en la superación del binarismo, en la vida cotidiana los modelos genéricos siguen siendo muy poderosos, más allá de que, hoy, estén sometidos a todo tipo de modulaciones paródicas, irónicas o destructivas. Sea como sea, las transformaciones se producen en esa tensión, entre la permanencia del binarismo y la realidad de las diversidades.

Ese “órgano cavernoso” al que la cultura le ha rendido tanta pleitesía y, prácticamente, le ha dedicado un altar: ¿de qué tipo de objeto se trata? Cuando se habla del *falo*, ¿es la autoridad que se ha logrado imponer históricamente y que, por lo tanto, está hecha de un trabajo de conquista llevada a cabo por los hombres? ¿O es algo que surge de la naturaleza, con la forma de un mástil o una lanza o, mejor, del tronco de un árbol añoso, fuente de vida y de procreación?

Para la cuestión de la masculinidad, esto es fundamental, porque su sostén es la existencia del falo. Autoridad, valentía, dominio, centralidad, iniciativa, responsabilidad, fuerza, potencia son todos atributos de la masculinidad que dependen de una instancia que, por comodidad y afán de síntesis, llamamos fálica. Y aunque sabemos que el falo como símbolo excede al “órgano cavernoso” del que habla Alan Pauls, no deja de ser sintomático que la denominación tome un término griego que, justamente,

se refiere al órgano sexual masculino (“falo”, además, se refiere al pene cuando está erguido). Asistimos a una época posfálica, lo cual no quiere decir que no haya concentración de poder, sino que la vinculación directa entre hombre –masculinidad–, autoridad y posición de poder está cuestionada y, en muchos casos, quebrada. No desaparece la masculinidad, pero sí se modifican las condiciones en las que debe expresarse.

DEFINICIONES DE MASCULINIDAD

Fuerza canejo, sufra y no llore
que un hombre macho no debe llorar.

CARLOS GARDEL y MANUEL ROMERO,
“Tomo y obligo” (1931)

La masculinidad consiste en un *mandato* que se nos impone desde que nacemos, una *iniciativa* que nos es otorgada y un *poder disponible* al que podemos recurrir en diversas ocasiones. Esto en el campo de las acciones, porque hay toda una serie de atributos (el tono de voz, el aspecto físico, la ropa y muchos más) que están totalmente naturalizados. Si uno de estos atributos “falla” (por ejemplo, una voz aflautada), la crueldad del mandato de masculinidad se desata con toda la furia. ¿Pero quién nos impone ese mandato? Son construcciones culturales naturalizadas a un punto tal que borraron la laboriosa historia que supusieron. El inmenso trabajo crítico que existe desde mediados del siglo pasado para mostrar que aquello que parecía natural era producto de una construcción se continúa hasta el día de hoy, cuando han aparecido dos nuevas instancias: en primer lugar, una perspectiva cultural que no puede seguir operando si la distinción entre cultura y naturaleza que funda la moder-

nidad sigue vigente; en segundo lugar, al superar esa distinción, parece haber una dificultad para ubicar la diferencia sexual (Preciado [2020: 36] bordea este escándalo lógico al decir que su voz es “completamente fabricada y absolutamente biológica”). Judith Butler explica que “la diferencia sexual nunca viene totalmente dada, ni está totalmente construida, sino que es ambas cosas de una forma parcial” (2002: 252), lo que nos lleva a preguntarnos sobre cómo se articulan esas parcialidades. Más allá de ese debate, muy complejo, que solo me interesa señalar, la idea de que todos los cuerpos deben expresar, someterse o lidiar con las normas de género, eso que aquí llamo *mandato*, nos lleva a una dimensión en la que la diferencia entre cultura y naturaleza colapsa: toda una serie de reacciones adquiridas, monumentales o minúsculas y *naturalizadas* al punto de transformarse en un inconsciente de la masculinidad nos van sugiriendo el camino establecido para ser hombres.

Cuando nació mi hijo, me dijeron que en la clínica se usaba el apellido de la madre pero que, cuando fuera a inscribirlo al registro civil, iba a recibir el apellido paterno. La costumbre no es universal (en algunos países se usa doble apellido), pero me pareció simbólico el rito de pasaje que significaba para mi hijo pasar del mundo materno de la clínica al paterno del espacio cívico y social. Había allí una “construcción social naturalizada” (Bourdieu, 2000: 37) que definía desde su nacimiento los espacios en los que iba a tener que moverse.⁶ Sabemos que el poder precede a los sujetos y los condiciona, pero es más difícil determinar en qué consiste ese poder y si es adecuado llamarlo masculino o patriarcal.

⁶ El hecho es un índice de una situación y en otros países pueden existir otros; no creo que la mera existencia del doble apellido cambie una situación que se dará por otros hechos.

Los mandatos de la masculinidad no solo están en las palabras o en las órdenes que recibimos desde que nacemos; hay toda una corriente no articulada, pero muy poderosa, que va indicando (a menudo de manera inconsciente) cómo debe comportarse un hombre. Desde cómo vestirse hasta cómo mover el cuerpo, desde qué cosas hacer (y cuáles no) hasta cómo sentir; el abanico de prácticas y afectos es muy difícil de abarcar. Carlos Monsiváis dijo, con su gracia característica, cuál era el objetivo de estos mandatos: “La ideología patriarcal hace de un hecho biológico la meta codiciada y prestigiosísima: *un hombre*, alguien de tal modo desprovisto de fragilidades y debilidades que obtiene la inefable madurez: hacer lo que le venga en gana” (1981: 104 y 105). Existe un aspecto muy sutil y que está en el centro invisible del mandato de la masculinidad: ser invulnerable, estar —para decirlo con palabras de Monsiváis— “desprovisto de fragilidades y debilidades”. El término “vulnerable” proviene del latín *vulnus* y significa “herida”.⁷ La invulnerabilidad caracteriza la educación sentimental frente al ámbito de la vulnerabilidad en el que no solo les está permitido moverse a las mujeres, sino al que, a menudo, se las arroja. Esto no quiere decir que el hombre no sea herido o que no se sienta herido, sino que la función masculina que se le atribuye es la de sostener una posición de fuerza y, en relación con el otro género, de protección (es un mandato que puede cumplir o no, pero que si no cumple puede ser una falta). Esa “protección” es equívoca, ya que también supone dominio y, de un modo que puede ser más o menos sutil, propiedad (en

⁷ Hay dos heridas emblemáticas sobre las que se han inferido diversas conclusiones y ambas se ubican en los pies: el talón de Aquiles y los tobillos de Edipo (su nombre, de hecho, significa “pie hinchado”). En la segunda temporada de la serie *The White Lotus*, el personaje de Murray Abraham dice que “Our Achilles heel is our Achilles *cock* [Nuestro talón de Aquiles es nuestra pija de Aquiles]”.

algunas sociedades, esto está sancionado explícitamente y aceptado). Para cumplir esos mandatos, en el reparto genérico, se dota a los hombres de la *iniciativa*. En el sostén económico de las familias, en el comienzo del cortejo en las relaciones amorosas o eróticas, en la *performance* en la arena política, y hasta en el manejo del control remoto,⁸ es el hombre el que toma la iniciativa y eso hace que no soporte dejar de tenerla.

El machismo consiste, básicamente, en ejercer esas prácticas de privilegio que le son dadas al varón desde su nacimiento. Pero, además de una serie de actos más o menos conscientes, se trata de un *comportamiento a disposición* de una tradición muy antigua y de larga duración, sobre todo en momentos en que la masculinidad se siente acorralada. Hay un inconsciente del varón al que se le ha otorgado incluso una justificación biológica: el macho somete a la hembra, sea en el terreno de la naturaleza o traducido al ámbito de la cultura. Consiste en una jerarquía brutal que sobrevive de diversas maneras, más allá de los dichos de la ciencia y de los esfuerzos de la teoría cultural.

Mandatos, iniciativas y poder disponible están cambiando. De modo lento y gradual, ya se perciben transformaciones en los modos de vida, en la perspectiva, en el lenguaje, en los cuerpos y en las prácticas. La mirada de los adolescentes ya es diferente. En la radio, un locutor cuenta que vio con su hija *La lección de piano* (1993), de Jane Campion, que, en su momento, a él le había parecido una gran historia de amor. Pero, al compartirla con la hija, advirtió (tal vez, porque la estaba mirando desde los ojos de ella) toda la violencia de la situación. No era una historia de amor, sino de posesión y sometimiento, y la hija se lo hizo notar. Algo similar me sucedió cuando fui a ver la reposición de

⁸ No pude evitar la humorada, pero es algo a lo que se refiere David Morley (1996: 147).

El Padrino (1972), de Francis Ford Coppola, con mi hijo mayor (21 años). Al finalizar, le comenté cómo el tema de la violencia de género estaba tan presente en todo el filme, algo que se me había pasado por alto la primera vez que la había visto. Él me respondió que es una película sobre la masculinidad. Cuando vi por primera vez *El Padrino*, en los años setenta, le di poca importancia al relato con el que comienza, el de un padre que cuenta que dos tipos atacaron e intentaron violar a su hija. No es que no me haya parecido relevante, sino que mi mirada estaba puesta en otros aspectos de la historia.

A ese mundo en el que veíamos *La lección de piano* como una historia de amor se le ha dado el nombre de “patriarcado”. Un mundo en el que dominan los varones e imponen sus maneras de ver, sentir y comportarse. Aunque el término se ha convertido en un comodín y, a veces, su uso ha servido como falsa explicación, tiene la virtud de asociar tres figuras: el padre, el varón y el poder. John Bradshaw, en *Creating Love*, da una definición muy sencilla que toma del diccionario: “supremacía del padre en el clan o la familia”, y observa que su mayor característica es la “obediencia ciega” (citado por hooks, 2021: 37). La definición es clara, pero está basada en una noción de estatus que entra en crisis en las sociedades modernas, y eso hace pensar que, más que de obediencia (que supone la voluntad de los sujetos), hay que hablar de *mandatos incorporados*, inscriptos en el cuerpo y en las prácticas, que se presentan, a menudo, con justificaciones, como debe ser en la modernidad, y no ciegamente. El patriarcado moderno debe ser consistente, aunque buena parte de su fuerza social, como veremos en el ensayo sobre Oswald de Andrade, se sostenga en un orden jurídico que se remonta al derecho romano. La supremacía del padre en la sociedad y en la familia, en el ámbito público y en el privado, cuenta con todo un andamiaje cultural, político, histórico, eco-

nómico, jurídico, familiar, sexual y biológico, que el feminismo vino a vulnerar, incluyendo la posición de privilegio que le otorgó el discurso psicoanalítico.⁹ Es por eso que la masculinidad se transformó en un *tema* o en un *problema*, y cuando les digo a mis amigos y amigas que estoy escribiendo sobre masculinidades, las mujeres parecen reaccionar de un modo divertido, atentas a lo que voy a decir y calculando hasta dónde me voy a atrever. Los hombres, en cambio, asienten con la cabeza y, tal vez, esperan una apología que saben que nunca va a llegar. En los rostros de algunos, percibo que los atraviesa la melancolía, ese “residuo inasimilable que marca los límites de la subjetivación”, para decirlo con palabras de Judith Butler (2015). Otros, en cambio, reciben la noticia con cierta algarabía, como si ya fuera hora de que alguien escribiera un réquiem para la masculinidad. Aunque siento que estoy lejos de lograr lo que parecen esperar de mí, lo cierto es que la masculinidad es una subjetividad en cuestión, un lugar cada vez más difícil de ocupar y

⁹ Marcelo Barros, basándose en Jacques Lacan, hace una lectura muy inteligente de la masculinidad que difiere de la que realizo aquí. Para él, la idea de “dominación masculina” es una “zoncera”, según el término acuñado por Arturo Jauretche que usa Barros (2020: 38). Mi diferencia con el planteo de Barros radica en dos aspectos: en primer lugar, en la dificultad de cierto discurso psicoanalítico de percibir cambios históricos que él sintetiza en una frase: “Hay sustitución, pero no evolución” (2020: 58). Lo *mismo* asoma una y otra vez como si el deseo se mantuviera igual a sí mismo a lo largo del tiempo. En cuanto a que la mujer es “la patrona”, Barros parece restringirlo al “matrimonio”, se mantiene en el ámbito familiar y no avanza con otras dimensiones del poder como las que se dan en el trabajo, el Estado o el derecho. De todos modos, coincido en que esa posición dominante que da el patriarcado puede ser ocupada tanto por hombres como por mujeres, aunque es habitual que cuando lo ocupa una mujer se diga que “se masculinizó”. En las relaciones matrimoniales, en casi todos los aspectos, el hombre ocupa la posición dominante, aunque la mujer obviamente no es pasiva y tiene sus tretas y sus modos de ejercer sus poderes, pero en un escenario que, definitivamente, no le es favorable (la evolución de los derechos jurídicos es bastante ilustrativa en este aspecto).

una interpelación a la que nos resistimos. Y, sin embargo, a la vez que la masculinidad está en crisis, los estereotipos de género todavía siguen funcionando y rigen más allá de las críticas, las disidencias y las deconstrucciones (véase la marginalia 1).

LOS ROLES DE GÉNERO: MOLDES Y MODULACIONES

Es imposible hablar de los géneros sexuales sin pensar en los tipos y en los estereotipos. También, es ingenuo pensar (pese a que en un momento haya sido políticamente fundamental) que estos tipos son solamente construcciones culturales, ignorando el nexo entre cultura y naturaleza sobre el que funcionan. El tono de voz, la musculatura, el crecimiento de la barba, por no hablar de las conformaciones sexuales, son instancias con las cuales los géneros (entendidos en términos culturales) deben operar. Por supuesto que lo considerado natural no es inmutable y, como muestran las operaciones de reasignación de género, también está sujeto a modificaciones y transformaciones. Hasta qué punto lo masculino y lo femenino están separados de sus componentes biológicos es una pregunta que, por más culturalistas que seamos, no dejamos de hacernos. Para Paul B. Preciado, “la diferencia ontológica deja paso a la diferencia performativa, a la diferencia programática y a la diferencia biotecnológica” (2014: 300). Sin embargo, parece difícil admitir que las experimentaciones que Preciado ha hecho con la diferencia sexual no solo en su pensamiento sino aun en su propio cuerpo, estén incorporadas a nivel masivo (sí creo, como sostuve más arriba, que plantean un horizonte o un nuevo paradigma que, poco a poco, se hará más regular o habitual, en el que la diferencia sexual pierde su estatuto ontológico).

¿Qué es más macho? Ensayos sobre las masculinidades,
de Gonzalo Aguilar, se terminó de imprimir
en el mes de noviembre de 2023 en los Talleres Gráficos Elías Porter,
Plaza 1202, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
La tirada fue de 2.000 ejemplares.

“¿Qué es más macho?”, se pregunta Laurie Anderson en la icónica canción “Smoke Rings”. Gonzalo Aguilar retoma esta pregunta a modo de puntapié inicial para una serie de reflexiones sobre la masculinidad y su inscripción como mandato incorporado en los cuerpos, en el lenguaje y en las prácticas.

En los últimos años, se ha experimentado un cambio profundo en las relaciones entre los hombres y las mujeres. El concepto de vida binaria dominante mutó y los diferentes activismos pusieron en jaque, de una manera sin precedentes, los privilegios de los varones. Este libro cuestiona la noción naturalizada de masculinidad y su pertinencia a partir de nueve ensayos de crítica cultural y once marginalias. Desde Sor Juana Inés de la Cruz, Pedro Lemebel y Luis Buñuel, pasando por Lucrecia Martel y Clarice Lispector, los ensayos se entrelazan con las marginalias, que proponen recorridos por la noción de narrador, el fetichismo, la pornografía o el servicio militar obligatorio. A partir de una posición de extrañamiento, indaga el camino establecido para ser hombres y los modos en los que la masculinidad se ha expresado.

Afirma Aguilar: “La masculinidad consiste en un *mandato* que se nos impone desde que nacemos, una *iniciativa* que nos es otorgada y un *poder disponible* al que podemos recurrir en diversas ocasiones. Mandatos, iniciativas y poder disponible están cambiando. De modo lento y gradual, ya se perciben transformaciones en los modos de vida, en la perspectiva, en el lenguaje, en los cuerpos y en las prácticas”.

